

comun. Continuó en él hasta la media noche del sábado, y *este fué el segundo día*, y terminó en la aurora del domingo, y *este fué el día tercero*, en el que salió el Redentor del sepulcro, victorioso de la muerte, dando cumplimiento á tantas profecías, realidad á tantas figuras y existencia á aquella solemne promesa que habia hecho tantas veces de que resucitaria al tercero día de entre los muertos.

Su bajada al limbo.

En el momento que espiró Jesucristo, bajó su alma santísima el seno de Abraham, donde estaban las de los santos Padres esperando su santo advenimiento. ¡Qué bajada tan dichosa para aquellas almas santas! ¡Qué visita tan amable y tan deseada! Todos los justos de la antigua alianza vieron en este venturoso día al divino Libertador, que habia sido deseado por tantos siglos... En el momento que el Hijo de Dios entró en aquella mansion de la esperanza, todos fueron inundados de una inmensa luz y principiaron á ser bienaventurados, para continuar siéndolo despues eternamente en la gloria.

Su resurreccion.

Jesucristo habia bajado á este seno el viérnes por la tarde, y el domingo al apuntar el alba, llevando consigo á la multitud de cautivos que habia redimido con su sangre, volvió á tomar en el sepulcro la vida humana, que habia dejado cuando espiró sobre la cruz. Estaba el sagrado cadáver tendido en el sepulcro con aquella lastimosa figura que habia presentado cuando le bajaron de la cruz; agujereados y rasgados sus piés y manos santísimas, abierto su sacratísimo costado, penetrada de espinas su divina cabeza y cubierto todo su cuerpo de sangre cuajada y denegrida. En tan lastimoso estado



entra en Él su alma gloriosa, se une con Él, le da nueva vida, le penetra y llena de su gloria y le vuelve mas hermoso y luminoso que el sol en medio del mas claro día, y siendo ya un cuerpo glorioso, sal del sepulcro en virtud del don de sutileza, sin romper, ni levantar, ni trastornar la enorme piedra con que estaba cerrado.

El alma de Jesucristo era bienaventurada desde el momento que el Hijo de Dios la unió á sí mismo en su Encarnacion, pero no comunicaba al cuerpo su bienaventuranza para dar lugar á los padecimientos y á la muerte que venia á sufrir por la redencion del género humano; mas ahora que ha entrado en la plenitud de su gloria desde que espiró el cuerpo en la cruz, se la comunica tan entera y cumplida, quanto es capaz de poseerla un cuerpo resucitado.

Hay un gran terremoto y la guardia huye.

Como el Señor habia movido la piedra, ni hecho ruido alguno para salir del sepulcro, nada advirtieron los soldados de la guardia de lo que pasaba tan cerca de ellos. No supieron que habia resucitado aquel, cuya custodia les estaba tan encargada, hasta que bajando un ángel del cielo causó un grande terremoto, y en medio de él se acercó al sepulcro, volvió la piedra de su entrada y se sentó sobre ella. Su semblante era semejante á un relámpago, centelleaban sus ojos y su vestido era mas blanco que la nieve. Los guardias no pudieron sostenerse á su vista y cayeron de espaldas como muertos. Mas luego que poco á poco fueron volviendo en sí y llegaron á recobrar los sentidos y las fuerzas, huyeron asombrados de aquel lugar donde habian tenido su vida por perdida.

Caminan las Marías al sepulcro en la madrugada del domingo.

Ya dijimos que María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor, estaban comprando en Jerusalem las prevenciones para embalsamar por sí y mas ricamente el cuerpo del Señor, cuando principió la solemnidad de la Pascua, y tuvieron que parar hasta que pasase este día; mas luego que se concluyó en la vispera del domingo, volvieron á continuar haciendo sus prevenciones para ir al sepulcro la mañana siguiente lo mas pronto que las fuese permitido salir de la ciudad. Varias mujeres piadosas, y compañeras ordinarias de los viajes del Señor, quisieron acompañarlas; entre otras, Juana, mujer de Chusas, procurador de Herodes, y María Salomé, madre de Santiago el Mayor y de Juan. Como habian pasado todo el día de la Pascua en retiro, ignoraban que se hubiese sellado el sepulcro y puesto soldados que le guardasen, y fué una ignorancia feliz para que no desistiesen acaso de su viaje al Calvario.

Sin esta noticia salieron de Jerusalem antes de amanecer para tener tiempo de embalsamar con entera libertad el cuerpo del Señor antes que viniese el día; pero ya fué porque reunidas advirtiesen que faltaban algunas de las provisiones necesarias y se viesen precisadas á esperar el día para volver á comprarlas; ya porque el peso y embarazo de lo que llevaban, las hiciese largo y difícil este viaje; ya porque la oscuridad (y esto es lo mas creíble) las causase temor cuando se hallaron fuera de la ciudad y enteramente solas, ó ya, en fin, por otros motivos que no nos han dicho los Evangelistas; lo cierto es que á pesar de haber salido antes de amanecer de Jerusalem, y de estar el sepulcro tan cerca, no llegaron á él hasta salido ya el sol. Sin embargo, María Magdalena, cuya viveza é intrepidez era incomparable, en nada se detuvo, y llegó al sepulcro cuando todo estaba en

tinieblas. Aunque apenas veía por dónde caminaba, no se extravió, porque el amor habia impreso en su corazón muy profundamente todos los pasos que habia dado por él su querido Maestro. Entró en el huerto, se acercó al sepulcro, y lo primero que alcanzó á ver fué la enorme piedra que le cerraba retirada de su entrada.

Magdalena encuentra abierto el sepulcro y corre á decirlo á Pedro y á Juan.

El ángel que habia volcado la piedra y aterrado á los soldados, no se presentó á Magdalena, y como era tan viva, al ver abierto el sepulcro, creyó que durante la noche habia sido robado el cuerpo de su divino Maestro. Corrió á Jerusalem por el camino mas breve, y sin encontrarse, y acaso sin acordarse de sus compañeras, llegó á la casa de Pedro, cabeza del Apostolado, que vivia con Juan, el discípulo amado, y les dijo: Han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde le han puesto. Desde luego conocieron los dos apóstoles las consecuencias de esta novedad, y juzgaron de la mayor importancia asegurarse de ella; pues aunque conocian la veracidad de Magdalena, el temor natural de mujer podía haberla engañado, tanto mas, cuanto era todavía de noche.

Pedro y Juan corren al sepulcro y le encuentran abierto.

Con esta noticia, Pedro y Juan corrieron al sepulcro. Corrian los dos juntos, pero Juan, como mas joven, corrió mas que Pedro y llegó el primero, y habiéndose inclinado, vió en el suelo los lienzos, esto es, la sábana en que habia sido envuelto el sagrado cadáver, y las fajas con que habia sido ceñido, pero no entró en el sepulcro. Convenia para la autorizacion que Pedro, como cabeza que era

del Colegio apostólico y que iba á ser de la Iglesia de Jesucristo, fuese el primero que le registrase y pudiese dar testimonio de la resurreccion del Señor, viendo las pruebas desde su principio. Llegó, pues, Pedro postrero que Juan, pero entró primero. Vió, como Juan, la mortaja de Jesucristo en el suelo, y vió además, puesto aparte de la mortaja en un lugar separado, el sudario con que habia sido cubierto su divino rostro, y que Juan no habia visto. Pedro quedó lleno de admiracion y alegría. No vió, ni al Señor, ni á los ángeles; pero vió el campo abandonado por la guardia, la piedra del sepulcro volcada, el sepulcro vacio, la mortaja en el suelo, el sudario envuelto y puesto en un lugar separado, dando todos señales y pruebas de la resurreccion del Señor. Entró despues Juan, vió lo mismo que Pedro, hizo las mismas observaciones, y se convenció como él de la resurreccion del Señor. Por lo que acabamos de decir se puede hacer juicio con cuánto consuelo volverian estos dos apóstoles á Jerusalem.

Con la mejor voluntad habrian permanecido al lado del sepulcro, mansion memorable donde acababa de ser vestido de gloria el cuerpo de su divino Maestro; pero el día llegaba y no convenia, ni á los intereses de la resurreccion, ni á los mismos apóstoles, que fuesen sorprendidos en aquel sitio dos hombres, los mas íntimos del Crucificado, porque no les perdonaria la calumnia este encuentro; y así les fué necesario volverse á Jerusalem. No debia suceder lo mismo con una mujer á la que verian llorar sobre el sepulcro de un difunto, á quien amaba y habia honrado siempre. Tal era Magdalena, que habiendo seguido á los dos apóstoles desde Jerusalem al sepulcro, y que no resolviéndose á desampararle, se quedó llorando á su entrada; mas no tardó en recibir una parte del premio de su constancia. Mientras que así la regaba con sus ardientes lágrimas, miraba á una y otra parte con la inquietud propia de una mujer afligida que busca su tesoro.

Ve Magdalena dos ángeles en el sepulcro.

Dirigia muchas veces sus miradas hácia lo hondo del sepulcro, pero nada descubria, hasta que al fin alcanzó á ver, no á su divino Maestro, pero sí á dos ángeles vestidos de blanco y sentados, uno á la cabecera y otro á los piés, donde habia estado puesto el cuerpo del Señor. ¿Porqué lloras? la dijeron. Lloro, respondió, porque han quitado á mi Señor y no sé dónde le han puesto.

Se la presenta el Señor.

Cuando decia esto, ocupada siempre de la inquietud por hallar á su divino Maestro, se volvió á mirar hácia atrás y vió á Jesus de pié, pero no le conoció. Mujer, la dijo el Señor, ¿porqué lloras? ¿á quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, si tú le has llevado, le dijo (pero sin decir á quién, porque los que aman ardentemente creen que todos piensan en aquello que ellos aman); si tú le has llevado, dime dónde le has puesto y yo me le llevaré. Dicho esto se volvió á mirar al sepulcro, donde su imaginacion la estaba representando siempre el sagrado cadáver en la figura que le habia visto al enterrarle. Entonces el Señor, á quien habia tenido por hortelano, la dijo; *María*. Conoce Magdalena por la voz al que no habia conocido por la presencia, ó mas bien, conoce Magdalena al Señor, porque el Señor la ilumina, la habla al corazon y la da el conocimiento. Magdalena se vuelve absorta de gozo y exclama: ¡Mi querido Maestro!!! Se arroja á sus divinos piés, baña con lágrimas de una suma alegría aquellos mismos piés que habia lavado en casa del fariseo con lágrimas del mas profundo dolor. Quiere abrazarlos y besarlos, como lo habia hecho cuando era una pecadora; pero la dice el Señor: No me toques; que fué

decirla : no te detengas en manifestar tu amor; yo le conozco. Aun habrá tiempo, porque todavía no me voy á mi Padre. Lo que ahora quiero es que vayas á decir á mis hermanos (los apóstoles) que he resucitado, que me has visto, y que de aquí á poco subiré á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.

Desapareció el Señor, y Magdalena corrió otra vez á Jerusalem á los apóstoles, y les dijo: He visto al Señor, y esto me ha dicho : refirió cuanto la habia pasado en el huerto ; pero si Pedro y Juan, ya convencidos, creyeron sin dudar la relacion de Magdalena, ella halló á los otros apóstoles y á los discípulos tan afligidos, que se les caían las lágrimas sin poder contenerlas, y tan incrédulos, que nada les pudo persuadir de que vivía su divino Maestro. Yo he visto, decia Magdalena, dos hermosos ángeles sentados, uno á la cabecera y otro á los piés de la sepultura. Yo he visto al Señor y me ha hablado; pero ellos miraban las noticias que daba Magdalena, como de una mujer á quien engaña su amor. Todo cuanto habia sucedido desde la primera llegada de Magdalena al sepulcro, habia pasado en poco tiempo. Sus viajes no habian sido otra cosa que rápidas carreras que manifestaban toda su viveza y su amor. Apenas salía el sol, cuando ya estaba en Jerusalem por segunda vez.

Llegan las Marias al sepulcro salido ya el sol.

Sus compañeras, que habian salido tan de mañana como ella, no llegaron al sepulcro hasta salido el sol, al paso que Magdalena habia llegado durante la oscuridad de la noche. Como estas piadosas mujeres no tenían noticia de Magdalena, porque habia tomado otro camino mas breve para ir y venir á los apóstoles, y su objeto principal era embalsamar el cuerpo del Señor, iban muy cuidadosas acerca de la enorme piedra que cerraba el

sepulcro, y se decian unas á otras : ¿Quién nos retirará la piedra que cubre el sepulcro?

Le encuentran abierto y un ángel en él.

Pero mirando hácia él, luego que entraron en el huerto, vieron volcada la piedra. Su alegría, al verla retirada, fué grande, porque efectivamente la piedra era tan pesada que todas juntas no bastarian retirarla, tanto menos, cuanto no estaba la entrada del sepulcro al costado, sino en el plano de lo alto, y era necesario levantarla á pulso, como suele decirse. Estando ya abierto, entraron desde luego en él, pero no bajaron á su fondo, porque vieron á la derecha un ángel, en figura de un jóven, vestido de un ropaje blanco, y se asustaron. No os atemoriceis, las dijo el ángel. Vosotras buscais á Jesus Nazareno, que fué crucificado : resucitó. No está aquí. Venid y veréis el lugar donde habia sido puesto el Señor. Id luego y decid á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado, que va delante de ellos á Galilea, y que allí le verán, como se lo ha prometido. El ángel, fiel ministro del Señor, hace aquí particular mención de Pedro para honrar á la cabeza del Apostolado, como lo habia hecho muchas veces Jesucristo. El ángel habia dicho á las mujeres que viesen el lugar donde habia sido puesto el Señor; y antes de partir á Jerusalem, bajaron á lo hondo del sepulcro, le registraron; pero le hallaron vacío, sin encontrar otra cosa que la mortaja y el sudario de su divino Maestro. Quedaron fuera de sí, porque no hallaron el cuerpo del Señor, y como si nada las hubiera dicho el ángel acerca de su resurreccion, creyeron como Magdalena que le habian hurtado.

Se las presentan dos ángeles.

Se entregaron al sentimiento y las lágrimas; pero cuando estaban mas afligidas, hé aquí que dos varones con vestidos resplandecientes se pusieron junto á ellas, y como temiesen y bajasen sus ojos hácia la tierra por vergüenza, las dijeron: ¿Porqué buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado. No está aquí. Acordaos de esto que os dijo, estando en Galilea: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercero dia. Entonces se acordaron de las palabras del Señor, y quedaron convencidas de su resurreccion.

Mas este convencimiento que las colmó de alegría, no las sosegó. Tan sobrecogidas quedaron de la vista de los ángeles, que salieron del sepulcro, no tanto como unas mujeres á quienes han dado una nueva de suma alegría, cuanto como unas mujeres que huyen asustadas de un precipicio. Se unieron estrechamente unas con otras, y unidas en esta disposicion, tomaron el camino de Jerusalem para ir, como las habian mandado los ángeles, á dar á los discípulos la noticia de la resurreccion de su divino Maestro. Mucho era para ellas la seguridad que las habian dado los ángeles de haber resucitado Jesucristo, y el recuerdo que las habian hecho de sus predicciones; pero no era bastante para satisfacer el tierno amor que tenian á su divino Maestro si no llegaban á verle y abrazar sus divinos piés; y este deseo es el que las va á cumplir ahora el Señor.

Se las aparece el Señor,

Cuando iban ya mas sosegadas á Jerusalem, sale á su encuentro el Señor, se deja ver en su figura ordinaria, y con su tono de voz acostumbrado, las dice: Dios os

guarde. Como se presentó en traje bien conocido y las habló con el tono de voz acostumbrado, nada tuvieron en que dudar. Corrieron al Señor, se postraron en su divina presencia, le adoraron y se abrazaron estrechamente con sus divinos piés. No las puso el Señor las dificultades que á Magdalena, porque no urgía su viaje, como el de aquella, y las dejó satisfacer su tierna devocion.

De esta manera se entrega nuestro amantísimo Jesus hasta el dia de hoy y se entregará siempre á los fervores de las almas interiores. Las que se hacen dignas de sus visitas, como estas santas mujeres, entenderán lo que decimos; pues si Jesus resucitado no se comunica sino á un pequeño número de almas, es porque la multitud, engañada con la apariencia de este mundo, no busca á Jesucristo; no estudia en Jesucristo; no se ocupa en amar á Jesucristo, ni se cuida de hacerse digna de ser amada de Jesucristo. Pero ¡qué dicha para un alma cristiana ser amada de Jesucristo! ¡Ser visitada de Jesucristo! ¡Hablo de aquellas visitas secretas, en que sin mostrarse el Señor á los ojos del cuerpo, hace que se oiga su voz en lo íntimo del corazón, y que se sienta en él la unción de su divino amor! En estos momentos felices, y siempre breves, es en los que se gusta la religion y la virtud, y en los que todo el mundo parece nada. Tales debieron parecer á las santas mujeres los momentos que estuvieron á los piés de Jesucristo. La dulce escena de estas piadosas discípulas, abrazadas con los piés de su divino Maestro, y regándolos con las mas ardientes lágrimas de alegría, se concluyó con un precioso encargo que las hizo Jesucristo para sus apóstoles y discípulos. No temáis, las dijo. Id, y anunciad á mis hermanos que vayan á Galilea. Allí me verán. Al concluir estas palabras, desapareció el Señor, pero no su memoria que daba alas á los piés de sus siervas para volar á cumplir su divino mandato. Así fué que en pocos momentos llegaron á Jerusalem las que habian tardado horas en ir al sepulcro.

Resistencia de algunos apóstoles y discípulos á creer la resurreccion del Señor.

Entran las fervorosas mujeres en casa de Pedro y Juan, donde la primera noticia de la resurreccion del Señor, traída por la Magdalena, habia juntado los apóstoles y muchos discípulos; refieren individualmente su viaje; cuentan lo que las habian dicho los ángeles; lo que habian visto en el sepulcro; el sumo gozo que habian tenido en ver al Señor resucitado, adorarle, besarle los piés, regarlos con sus lágrimas, hablarle y ser encargadas de darles el aviso de ir á Galilea; y se empeñan en que se cumpla este encargo lo mas pronto posible. Todos los testimonios de la resurreccion del Señor convenian. Magdalena estaba presente y sostenia la verdad del suyo. Pedro y Juan daban cuenta de lo que habian visto. Maria, madre de Santiago el Menor; Juana, mujer del administrador de Herodes; y sus compañeras, conocidas todas por prudentes, sinceras y veraces... todas afirmaban con unánime consentimiento sucesos tan circunstanciados, que ni la imaginacion mas fogosa podria figurarlos si no hubieran sucedido, y solo conviniéndose estas santas mujeres en mentir con pleno conocimiento, y en componer y publicar un embuste, podrian asegurarlos. Por otra parte, estos sucesos estaban anunciados repetidas veces por los patriarcas, por los profetas, y por el mismo Jesucristo, y su cumplimiento debia verificarse precisamente en estos dias y circunstancias.

Tantas pruebas y tan claras no bastaron sin embargo á convencer el espíritu de algunos apóstoles y discípulos, que en fuerza de desear la resurreccion de su divino Maestro, ninguna prueba les parecia suficiente para creerla. Estaban fuera de sí de gozo, y á pesar de esto no creian, dice el Evangelista san Lucas. No contradecian la relacion de Pedro. Creian con gusto sobre su palabra, que el sepulcro estaba sin guardia y la piedra

volcada; que el cuerpo de Jesucristo no estaba en él; que los lienzos y el sudario estaban como él decia... pero Pedro no decia que hubiese visto al Señor resucitado y esto era lo que ellos querian, y tambien verle ellos mismos. Las apariciones, ya de Jesucristo, ya de los ángeles, no tenian á Pedro por testigo, sino á algunas mujeres, á cuyo número, calidad, veracidad, virtud y santidad no se hacia por esta vez bastante justicia; y Magdalena vió tratar de visionarias á sus compañeras, del mismo modo que lo habia sido ella. Mas Pedro, convencido como estaba ya por sí mismo de que Jesucristo habia resucitado, no tuvo dificultad en creer las diversas apariciones del Señor y sus ángeles á las santas mujeres, y solo trató del viaje á la Galilea para tener el indecible consuelo de verle resucitado.

Jesucristo les manda muchas veces que vayan á verle resucitado en Galilea.

Siempre que Jesucristo les habia hablado antes de morir de sus primeras apariciones despues que resucitase, les habia señalado, para dejarse ver, la Galilea. Todos vosotros padeceréis escándalo en mí en esta noche, les decia la víspera de su muerte, porque escrito está: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño; pero despues que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea. Apenas resucita, cuando hace decir, por medio de un ángel, á las santas mujeres que venian á embalsamar su cuerpo en el sepulcro: Ha resucitado: no está aquí. Id, y decid á sus discípulos, y á Pedro: Va delante de vosotros á la Galilea. Allí le veréis, como os lo tiene dicho. Cuando estas piadosas mujeres iban en camino á cumplir el encargo del ángel, Jesus mismo las sale al encuentro, y despues de permitirles que abracen sus divinos piés y le adoren, id, las dice, y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, que

allí me verán. En vista de estos pasajes en que Jesucristo mandaba á sus apóstoles y discípulos que fuesen á verle resucitado á la Galilea, se convinieron todos en hacer este viaje; bien fuese á un edificio cercano á Jerusalem, que llamaban *Galilea*, porque era de los Galileos; bien fuese á la provincia de Galilea.

Avisan unos soldados de la guardia á la sinagoga la resurreccion del Señor.

Algunos de los soldados de la guardia, que asustados por el terremoto y la vista del ángel habian huido despavoridos del sepulcro, se volvieron á juntar salido ya el sol, vinieron á Jerusalem y dieron aviso á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que habia pasado. En la oscuridad de la noche, les dijeron, tembló la tierra. Un ángel, mas resplandeciente que el sol, volcó la piedra que cerraba el sepulcro y se sentó sobre ella. Sus ojos centelleaban, y las miradas que nos dirigia, eran tan terribles, que caimos de espaldas medio muertos. Ignoramos el tiempo que estuvimos sin sentido; pero al fin volvimos poco á poco de nuestro espanto. Entonces nos entregámos á huir como y por donde pudimós, y vednos aquí sin haber vuelto todavía enteramente de nuestro terror, pero persuadidos de que Jesucristo ha resucitado, y su cuerpo no está en el sepulcro. Á nosotros tocaba hacer una relacion exacta, como la hacemos, de todo lo ocurrido; á vosotros toca ahora averiguar lo que haya sobre este asombroso suceso. Desde luego parecia consiguiente que los príncipes procedieran á registrar el sepulcro, y aunque no hallarian allí el cadáver, á lo menos verian que no estaba allí, y acaso encontrarían la mortaja, los lienzos y el sudario, pues regularmente no habrian sido retirados todavía, habiendo pasado tan poco tiempo, porque la noticia de la resurreccion del Crucificado se les dió por la mañana. Es

verdad que luego juntaron un concilio, compuesto de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo; pero en vez de ocuparse de registrar el sepulcro, de averiguar los hechos, de confrontarlos con las profecias y de estudiar en ellas la resurreccion del Mesías, solo pensaron en asegurar su feroz triunfo. No se habló de resurreccion. Jesucristo habia sido crucificado, y el asunto estaba concluido

Les dan mucho dinero para que digan, que estando ellos dormidos, le hurtaron sus discipulos.

Pero ¿cómo ocultar y negar lo que decian los soldados? Les darémos mucho dinero, dijeron, para que callen lo que ha pasado; y publiquen: que estando ellos dormidos, vinieron de noche sus discipulos y le robaron. ¡Miserable recurso! ¿Con que nos traeis, dice aquí san Agustin, burlándose de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, con que nos traeis por testigos á hombres dormidos? Vosotros sí que estais verdaderamente dormidos cuando soñais tales sueños. Sin embargo, la impostura, á pesar de ser evidente, pasó adelante. Los soldados lo tomaron y publicaron el embuste á pesar de los gritos de su conciencia (¡pero qué no consiguen el dinero!), y este embuste continua creyéndose entre los Judíos hasta el dia de hoy, decian san Mateo cuando escribia su Evangelio.

Desde luego se deja conocer que publicado en Jerusalem, por los soldados, que los discipulos del crucificado habian robado su cuerpo, debian atraerse estos el odio público y correr muchos peligros. Se mantuvieron ocultos el resto de aquel dia hasta que llegó la noche, y entonces cada uno por su parte se dirigió á la Galilea, donde pudieron reunirse á favor de la oscuridad. En poco tiempo se hallaron juntos los once apóstoles, excepto Tomás, llamado el Dídimo, que no pareció allí,

sin duda para ser otra prueba de que Jesucristo habia resucitado verdaderamente, como veremos despues. Con los apóstoles habian ido muchos discípulos y todos se encerraron en un edificio de la Galilea, ya por temor de los Judíos, y ya para esperar allí la visita del Señor resucitado. Mas antes que esta se verificase, tuvo lugar un suceso bien interesante y glorioso que habia de servir de última preparacion para la aparicion de Jesucristo resucitado á sus apóstoles y discípulos.

Se aparece el Señor á dos discípulos en Emaús.

Cuando menos lo esperaban, llamaron dos discípulos á la puerta, y como eran conocidos, luego se les dió entrada. Iban como fuera de sí de gozo. Uno se llamaba Cleofás, y acaso era el padre de Santiago el Menor. Se ignora el nombre del otro, aunque algunos presumen que se llamaba Cefás. Estos dos discípulos habian salido de Jerusalem como al medio dia para llegar al fin de la tarde al castillo ó aldea de Emaús, distante dos leguas de la capital, y hé aquí el suceso de su viaje, segun le refirió uno de ellos á Pedro y los demás apóstoles y discípulos y nos lo dejó escrito el Evangelista san Lucas.

En aquel mismo dia (de la resurreccion del Señor) iban dos discípulos á una aldea, llamada Emaús, que distaba de Jerusalem sesenta estadios (dos leguas). Ellos caminaban hablando entre sí de todas estas cosas que habian sucedido; y cuando iban preguntándose el uno al otro, acercándose el mismo Jesus, iba con ellos, pero sus ojos eran detenidos para que no le conociesen. Entonces les dijo el Señor : ¿Qué conversaciones son esas que traéis entre vosotros caminando? ¿y porqué estais tristes? Y respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo : ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalem para no saber lo que allí ha pasado estos dias? ¿Pues qué ha sucedido? les preguntó el Señor; y ellos le res-

pondieron : (Ha sucedido) acerca de Jesus Nazareno, que fué un varon profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte y le crucificaron.

Mas nosotros esperábamos que seria Él quien redimiese á Israel, y ya hoy es el tercero dia que sucedieron estas cosas. Sin embargo unas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado; porque habiendo ido antes de amanecer al sepulcro, y no habiendo hallado el cuerpo, han venido diciendo que han visto allí vision de ángeles, los cuales las han dicho que vive, y fueron algunos de los nuestras al sepulcro, y todo lo hallaron como las mujeres lo habian referido, mas no hallaron al Señor. Entonces les dijo Jesus : ¡Ó necios y tardos de corazon para creer todo lo que han dicho los profetas! ¡Pues qué, no convenia que Cristo padeciese y entrase así en su gloria! Y comenzando desde Moisés y desde todos los profetas, les interpretaba todas las Escrituras que hablaban de Él. En esto se acercaron al castillo (de Emaús) adonde iban; y Él dió á entender que iba mas adelante; pero le obligaron (á fuerza de ruegos) á detenerse, diciendo : Quédate con nosotros, porque es ya tarde y el dia va á acabarse. Entró al fin en su casa ó alojamiento, y sucedió, que estando sentado á la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo alargaba. Ellos lo tomaron y lo comieron. Aqui se abrieron sus ojos y le conocieron, y el Señor se desapareció de su vista.

El sentir de los santos Padres es, que Jesucristo les dió su sacralísimo Cuerpo y preciosísima Sangre en el pan consagrado con su bendicion, recompensado con un exceso inmenso la caridad que habian usado con Él, obligándole con ruegos á entrar en su casa y sentarse á su mesa. Nunca podrian estar mejor dispuestos estos dichosos discípulos para recibir el adorable Sacramento, que despues de haber conversado con su divino Autor largo tiempo. ¡Pluguiese al cielo que nos cupiese á todos